

EL MAPA SECRETO DE LAS COSAS

MARÍA JOSÉ NAVIA
ILUSTRADO POR FABIÁN RIVAS



EL MAPA SECRETO DE LAS COSAS

EL MAPA SECRETO DE LAS COSAS

Colección Niños con cuento

© del texto: María José Navia, 2020

© de las ilustraciones: Fabián Rivas, 2020

© de esta edición: Editorial Amanuta, 2020

Santiago, Chile

www.amanuta.cl

Este es un proyecto de Editorial Amanuta

Corrección de texto: Luz María del Valle

Diseño: Polinka Karzulovic

Primera edición: noviembre 2020

Nº registro: 2020-A-3097

ISBN: 978-956-364-127-1

Impreso en China

Editorial Amanuta

Todos los derechos reservados

Navia, María José

El mapa secreto de las cosas / María José Navia;

Ilustraciones de Fabián Rivas.

1º ed. – Santiago: Amanuta, 2020.

[100] p.: il.col.: 20 x 15 cm.

(Colección Niños con Cuento)

ISBN 978-956-364-127-1

1. CUENTOS INFANTILES CHILENOS

2. DESEO – LITERATURA INFANTIL

3. LIBROS ILUSTRADOS PARA NIÑOS

I. Rivas, Fabián, il. II. Título.

Este proyecto fue realizado gracias a la Beca de Creación Literaria, Fondo del Libro y la Lectura, convocatoria 2017.



**Ministerio de
las Culturas,
las Artes y el
Patrimonio**

Gobierno de Chile

EL MAPA SECRETO DE LAS COSAS

MARÍA JOSÉ NAVIA
ILUSTRACIONES DE FABIÁN RIVAS



EDITORIAL AMANUTA
COLECCIÓN NIÑOS CON CUENTO

ÍNDICE

Capítulo 1	7
Capítulo 2	11
Capítulo 3	13
Capítulo 4	17
Primer inventario de deseos cumplidos	21
Capítulo 5	23
Capítulo 6	25
Capítulo 7	29
Capítulo 8	33
Capítulo 9	35
Capítulo 10	39
Capítulo 11	41
Capítulo 12	45
Capítulo 13	47
Capítulo 14	49
Capítulo 15	51
Segundo inventario de deseos cumplidos	55

Capítulo 16	57
Capítulo 17	59
Capítulo 18	63
Capítulo 19	65
Capítulo 20	67
Capítulo 21	69
Capítulo 22	71
Capítulo 23	73
Capítulo 24	75
Capítulo 25	79
Capítulo 26	81
Capítulo 27	87
Tercer inventario de deseos cumplidos	90
Capítulo 28	93
Capítulo 29	95
Epílogo	97
María José Navia	98
Fabián Rivas	99



CAPÍTULO I

Si algo está claro es que puede pasar en cualquier momento. Que no hace falta que sea un lugar especial (basta una esquina poco transitada, incluso un pasillo de supermercado). Pero lo más importante para Mateo es una sola cosa: que pasa todos los días.

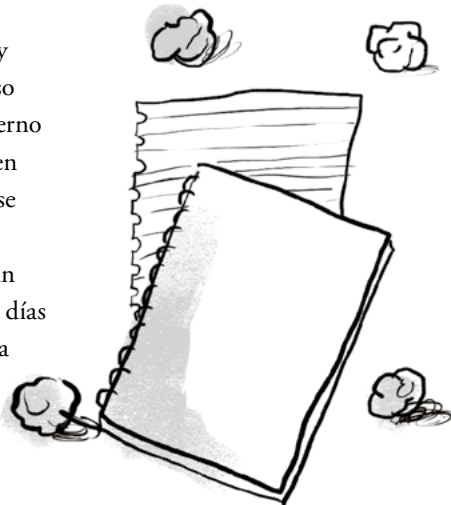
Solo hay que estar en el lugar y momento preciso.

Y pedir.

Sí, porque en el pueblo donde vive Mateo, se están cumpliendo los deseos.

Mateo saca un cuaderno y su estuche. Le encantan los lápices, de todos los colores y tamaños. Sus papás, abuela y amigos, siempre le regalan. Le cuesta confiar en la tecnología, en los teclados. Su papá suele quedarse hasta muy tarde por las noches frente al computador y eso no le gusta nada. Así que Mateo abre su cuaderno –le quita las primeras cinco páginas, que tienen ejercicios de matemáticas del año anterior– y se pone a trabajar.

Es imposible saber todos los deseos que se han cumplido, y eso complica su tarea. Mateo lleva días armando un mapa de su pueblo, anotando cada lugar en que se ha hecho realidad alguna cosa.





A Laura, por ejemplo, le había sucedido durante uno de sus paseos de curso. Estaba en el Museo de Historia Natural y, de pronto, al pasar frente al esqueleto de dinosaurio de la entrada principal, comenzaron a llover dulces. De limón, de menta, de frambuesa. Los niños llevaban horas en el museo y a Laura no le gustaban mucho ni los huesos ni las ciencias. Tenía hambre y no había traído nada para comer. Milena, una chica que no le caía nada de bien, tenía una bolsa de dulces y le había convidado a todos menos a ella. La profesora les hablaba de los dinosaurios, los hacía deletrear la palabra **EXTINCIÓN** y Laura solo podía pensar en muchos, muchísimos, caramelos...

La “lluvia dulce” –así la había bautizado el diario del pueblo– había durado exactamente tres horas. Al principio, nadie había creído mucho en la historia de Laura (una niña con demasiada

imaginación, hija única y algo mimada), pero luego no hubo más que rendirse frente a la evidencia.

Al día siguiente, esta vez a las ocho de la noche, el señor Eugenio Torres, dueño de la librería más importante, había recibido un extraño llamado a su puerta. Al abrir, cinco jóvenes, muy sonrientes, se habían ofrecido para hacer el inventario de sus libros, una tarea que había aplazado por meses y en la que se había detenido a pensar, por un momento, y muy intensamente, al ir subiendo la escalera de su casa.

El inventario resultó impecable.

Nunca más se supo de los jóvenes.

Nadie los conocía.

Mateo dibuja el museo con un crayón amarillo, escribe LAURA con lápiz negro y dibuja un caramelo a modo de recordatorio. La casa del señor Torres es gris –a Mateo nunca le ha caído muy bien, nunca lo dejaba detenerse más de la cuenta en la sección para niños– y lo dibuja como una especie de monstruo. Sonríe.

Con lápiz grafito esboza cuatro libros apilados.

